

# Y VOLVERÉ A TI

CECILIA URBINA

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL  
TERRACOTA **ET**

# Cuando nos fuimos a la Legión

## I

Parados en el vestíbulo del Balmori, Lina y Lucio esperan a su padre que debe venir a buscarlos. Cuidas mucho a tu hermana, recomendó Beatriz; esas películas de espadachines y piratas no la emocionan, y siente que su hijo es un hombrecito maduro capaz de velar por la seguridad de una niña. Lucio vive atento a los cambios de programa en los diferentes cines accesibles: Balmori, Estadio, Parisiana, todo lo que se encuentre a distancia razonable y que no esté “lleno de pelados” (Beatriz piensa que la mezcla de clases sólo funciona en un nivel caritativo) como los cines del centro, o que ofrezca películas inconvenientes. Eso de la inconveniencia se verifica en el folleto dominical de la iglesia, que explica tentadoramente todo lo que no debe verse. Beatriz lo reclama sin falta a la salida de misa, lo ausculta y se lo entrega a Lucio con rayas de bicolor señalando lo permitido en azul y lo prohibido en rojo. Lucio hace una evaluación personal y toma decisiones que casi siempre coinciden con las de su madre; lo azul es para llevar a Lina, y lo rojo es para escaparse con Gastón y Paco, sus amigos cinéfilos. En lo rojo caen todas las películas francesas, muchas “sólo para adultos”, lo cual supone un problema extra. A los catorce años no hay manera de incluirse en la categoría de adultos y menos si se es flaco, pecoso, y los centímetros de estatura se rehúsan a comparecer con la

celeridad deseada. Gastón, atlético, y Paco, con sus anteojos de intelectual, han sido favorecidos por la suerte. Gastón es la vanguardia; se encarga de comprar los boletos y entretener al hombre de la entrada con comentarios sobre el clima, la película o lo que se le ocurra, mientras Lucio se escabulle detrás de Paco. No siempre resulta la estrategia; algún guardián de la moral pública de suspicacia inusitada los detiene y los manda a devolver las entradas con un sermón edificante. El más difícil es el cine Prado; ahí las películas son siempre para adultos, y los taquilleros tienen medidos la estatura y el aspecto de los asistentes.

Los anuncios en la sección de cines del *Excelsior* propagaban una imagen de *La Torre de Nesle* que los mantuvo alborotados durante días. Unos senos descomunales y casi desnudos prometían escenas inquietantes. Se requería una planeación minuciosa; sabían que la oportunidad era única, pues si eran rechazados a la primera no habría manera de repetir el intento. Gastón decidió llevarse una chamarra de su papá como pasaporte a la respetabilidad. Paco se prestó la boina vasca de su abuelo y unos cigarros. Lucio, un año y varios centímetros menor, no encontraba un disfraz plausible. Ensayó con la gabardina de León, que lo asemejó a un Cantinflas próspero; trató de pintarse un ligero bigote y contempló una versión *kindergarten* de Chaplin en el espejo. Gastón le sugirió que pasara por enano, pero los brazos y piernas de potro desnutrido desmentían la posibilidad.

—Mira, ponte un suéter de tu papá y róbate un pañuelo. Cuando entregue los boletos, estornudas y te tapas la cara, así pensarán que eres un chaparro con gripa. Y eso sí, que no te pesquen, porque nos fundes; si se fijan, tampoco a nosotros nos dejan pasar.

La responsabilidad y la tentación se equilibraban angustiosamente. Si me pescan en ésta ya no van a querer que los acompañe, dudaba Lucio de la lealtad de sus amigos. Y si se enteran mis papás, adiós cine. Los padres de Gastón, diplomáticos europeos, eran mucho más tolerantes; el pa-

dre viudo de Paco tenía dos hijas menores para mantenerlo ocupado. Pero Beatriz sería implacable. Un futuro desértico de emociones cinéfilas se insinuaba amenazador. Ni mi papá me saca de ésta si mi mamá lo sabe. Hizo acopio de audacia, anunció que iba a estudiar a casa de Gastón y que lo regresaría el chofer, y se despidió de Lina con el remordimiento pesándole en el estómago. Si sucedía lo peor, ya no lo dejarían llevarla a ella tampoco.

Lucio admiraba a Gastón sin reservas. Parapetado tras un puesto de periódicos, lo vio pedir tres boletos, el cigarro humeándole entre los labios torcidos a la Bogart, sin un temblor en la voz. Qué ademán de hombre de mundo para sacar el dinero de la cartera nueva de su papá, para volver a colocarla con desgano en la bolsa del pantalón, los ojos entrecerrados en un guiño gangsteril. A él le sudaban las manos y le temblaban las rodillas como si lo fueran a guillotinar.

—No te apendejes. Ahora o nunca —lo jaló Paco, él también con el cigarro en la boca pero sin prender porque le daba tos. Los ojos del guardián contaron los boletos en medio de los furiosos estornudos de Lucio. El hombre lo miró de reojo, distraído, y se volteó a comentar algo con su compañero.

Ningún episodio de la vida aventurera de Lucio le provocó una emoción semejante a la de la hora y pico que se pasó en el fondo del asiento entre Paco y Gastón, en la fila más oscura que encontraron y rodeados por el público sórdido de la función de las cuatro, comiendo muérganos y suspirando por los sensuales encantos de la Pampanini.

—¿Por qué no llega papá? —Lina ve los faroles que se encienden y fragmentan la lluvia en mil gotas luminosas—. ¿Se le habrá olvidado que tenía que venir por nosotros?

Lucio cree notar un dejo temeroso en la pregunta. La tarde se ha vuelto fría con la oscuridad creciente y Lina se le pega para protegerse.

—Claro que no. Se habrá entretenido en la oficina.

—¿Y si se le olvidó?

- Nos vamos a la casa.  
—¿Sabes irte?  
—Claro que sé. Mira, ahí pasa el camión. Pero no quiero que te mojes.  
—Lucio... ¿Y si no viene el camión?  
—Siempre hay camiones. ¿Te da miedo?  
Lina ve la noche lluviosa y luego lo ve a él.  
—Contigo no.

Antes de llegar a las funciones dobles del cine Parisiana y del Balmori, Lina participó de la voracidad de Lucio por hurgar en la biblioteca de su padre. Cuando aún no sabía leer, tuvo que ser protagonista de *Salgari*, de Julio Verne y de P.C. Wren, en ese orden aunque no necesariamente en esa jerarquía. Primero fue *La isla misteriosa (20,000 leguas de viaje submarino)* hubo de esperar la película, porque hay demasiados nombres de peces). Lucio, que abusaba de las prerrogativas de la alfabetización y por lo tanto podía escoger su papel, era invariablemente el ingeniero *Ciro Smith*. Lina adquiriría el don de ubicuidad y era todo lo demás. El reloj de León (en aquella época los niños no tenían) fue desarmado para hacer fuego con el cristal, y las ollas de la cocina, sujetas con cuerdas del tendedero, sirvieron para llevar el agua de la manguera hasta el tanque de almacenamiento del refugio, instalado tras los macetones de hortensias, tropicales y frondosas. El tanque provocó una intriga molesta en la cocina; la lavandera refunfuñó por la pérdida de la tina de la ropa y llegó a insinuar actitudes poco honestas en perjuicio suyo. Nunca apareció el capitán *Nemo* porque no había necesidad de dejar la Isla; las cosas se abandonaban cuando empezaba la escuela, y para la siguiente vacación el juego era otro y había que dismantelar las instalaciones. Lina estaba a cargo de defenderlas de los ataques de los salvajes, pero sus esfuerzos eran en general infructuosos y los tesoros se reintegraban a su lugar de origen.

La época mágica, la que perduró por muchos años y

sobrevivió en su recuerdo, fue la de la Legión Extranjera. Lucio leyó *Beau Geste*, *Beau Sabreur*, *Beau Ideal* y todo lo que pudo encontrar. Cuando se agotó el material, conocido por Lina en momentos de generosidad fraterna (lo que le dio a Lucio un perenne diez en lectura en voz alta), hubo que llevarlo a la práctica. Los jardines domésticos son mucho más susceptibles de convertirse en selva que en desierto. Los patios son muy lisos, la tierra de las macetas muy húmeda, las alfombras aceptables pero casi siempre ocupadas por intrusos. Un tío generoso e incauto les regaló un saco de arena sílica; una tarde en que Beatriz estaba ausente y el servicio lloraba con *El derecho de nacer*, extendieron periódicos en la mesa del comedor y crearon un desierto hasta el último detalle, con dunas, oasis y un fuerte donde Digby pudo darle un entierro vikingo a su hermano. Lucio era un niño responsable y conocedor de las leyes físicas, así que el incendio fue imaginario, pero el simún, más inofensivo, se recreó con el ventilador del despacho. La inundación de arena fue motivo de castigos, de la renuncia de la recamarera y de una merma considerable en la popularidad del tío. Lina demostró una lealtad absoluta en todas circunstancias; cuando un Lucio emocionado se dirigió a ella como “firme compañera”, y cuando Lina preguntó ¿ésa quién es?, se le informó que en ese momento encarnaba a Isabel, la prima (y novia) de los Geste.

## II

Beatriz tenía un temor visceral de atropellar las quisquillosas sensibilidades del más allá —en general poco tolerantes al atropello—, aunque dichas sensibilidades estuvieran encarnadas en una mitología de fronteras difusas. El catecismo de Ripalda, que blandían como espada de David las monjas de la escuela, se había arrastrado por su infancia dejando rescoldos atemorizantes y figuras de santos narcisistas, despóticos en sus demandas a cambio de los favores solicitados. Aunque

# Bajo los puentes de París

## I

En la diminuta mesa de un café del Barrio Latino, con las piernas enredadas en tirabuzón por la expectativa y el poco espacio, se acomodó Lina y pidió un café *filtre* y un *croissant* para llenar la espera y su estómago desvalido por el desayuno continental. Hoy va a hablar en serio con Lucio; hoy va a recuperar a su hermano, este ser hirsuto escondido tras una selva de pelo, barba y bigote. Ya estuvo suave de misterios, piensa, y decide pedir un vaso de vino, muy a la francesa, impensable a estas horas de la mañana en otras circunstancias. Pero París tiene sus formas de imponerse, y el vino es una de ellas. Hasta hoy las palabras han rodado como en autopista, sin dejar ver el paisaje... y ahí viene Lucio, en su disfraz estudiantil, con su montón de libros y panfletos bajo el brazo. Días de verlo, de dejarse llevar por el experto parisino, en calles y plazas, bares y cines, y ni una vez a su casa, como si ella fuera turista y él un circunspecto guía. Sobre su cadáver.

—Hola encanto —le raspan las barbas en el beso matutino. Lucio acomoda libros, sus tenis que bostezan y ordena.

—Lucio... ¿crees que ya crecí?

—Qué pregunta tan chistosa. Mírate en un espejo, a ver —y la hace girar hacia la vidriera.

—Ya deja de vacilarme, por favor.

—¿Quién te vacila, hermanita? Yo te tomo absolutamente en serio, te lo aseguro.

—Sí, como si fuera tu abuela. Lucio, ¿qué haces aquí?

—Me tomo un café contigo, que te has vuelto alcohólica y bebes vino a las once de la mañana.

—No quiero decir aquí, ahorita, tarado —una de las novedades de su viaje, que no tiene que ver con París ni con los franceses, es haberse vuelto malhablada de tanto oír a su hermano. No es que no lo fuera antes, con sus amigas, pero el código impedía transportar las groserías fuera del círculo de las cómplices inmediatas—. Quiero decir en Francia, en la Sorbona, en esa casa misteriosa donde seguramente asesinamos prójimos, tanto miedo tienes de que la conozca.

Lucio suelta una carcajada.

—Pues no, no asesino prójimos ni ajenos, para que lo sepas. Pero ya que lo preguntas, te diré que sí; creo que ya creciste.

—¿Y?

—Me da mucho gusto.

—¿Y qué más?

—Me da placer, euforia, contento, satisfacción...

—¡Lucio, cállate!

—Me callo.

—No, no te calles.

—Entonces no me callo. Te contaré que hoy en la mañana, antes de venir, me encontré un perro. No un perro cualquiera, un perro amarillo enorme que me persiguió hasta que lo atrapó su dueño.

—Lucio, me estás cayendo gordísimo.

—Sí, lo entiendo.

—¿Entonces?

—Junto con tu persona te ha crecido la terquedad. Y mira que ya era de buenas dimensiones cuando me vine. Pero no quiero caerte ni un poquito gordo. ¿Qué misterios tan horripilantes pretendes escarbar en mi vida tenebrosa?

Lina lo mira, burlón, escondido detrás de la pelambre

y las evasivas. Por ahí, muy en el fondo, debe andar el Lucio que conoce...

—¿Quieres una lista?

Lucio suspira melodramático.

—Me siento Galileo ante la Inquisición. Pero está bien, *demande donc*.

Lucio habla en francés en ocasiones especiales. Cuando la vio por primera vez, en el hotel porque no quiso ir a recibirla al aeropuerto (por nada del mundo te quitaría el placer de perderte en tu primer viaje sola, le dijo por teléfono), se pasó horas sin hablar español, como si el idioma antes común fuera un elemento ingobernable en las circunstancias. El francés es como una cortina de humo tras la cual esconder sus sentimientos, o una envoltura de regalo para entregarlos protegidos de una reacción demasiado intensa. La única palabra reconocible fue un Lina, medio sofocado en un abrazo de oso, y luego borbotones de un francés difícil para ella —flamante del IFAL—, mascullado con un cigarro en los labios, un Gitane que insistió en que probara y la dejó muda media hora.

—Primero: ¿dónde vives?

—En un departamento perfectamente respetable, aunque más bien exiguo, sin muertos de ninguna clase.

—¿Con quién?

Lucio levanta una ceja.

—Mira, enfrente vive *madame* Jeanne, una viejita encabronadísima, en el piso de...

—Lucio, con quién.

—Con una niña argelina.

Se hace un silencio.

—¿Te molesta?

—No, me ofende.

—¿Te ofende que sea niña, que sea argelina, o que viva conmigo?

—Me ofende muchísimo que no me la hayas presentado.

Lucio la mira, se encoge de hombros.

—Dame tiempo, hermanita... no sé por dónde navegas.

—Claro, como mi mentor y guía se fue, me he convertido en sorda, ciega y bruta.

—Ey, párale, no te enojés. Es que las cosas cambian, Lina.

—Y yo no soy capaz de entenderlas.

—No es eso... Pero sí son distintas; tú sigues en la casa, con mamá. Allá esto no se usa.

—No, no se usa. Pero eso no quiere decir que me mantengas al margen.

—Está bien. ¿Qué más?

—¿Estudias?

—No.

—¡Lu! La Sorbona, tu carrera...

—¿Ves?, eso sí te pega.

Lina enmudece. Aunque entonces era aún chica y no fue incluida en las discusiones, no puede olvidar la partida de su hermano. Ella ya lo sabía, se lo había dicho, pero para sus padres fue un drama. Oía llorar a Beatriz en las noches, a León furioso discutir con Lucio.

—Te vas a morir de hambre, esa no es una carrera, es un pasatiempo de bohemios locos. No te lo permito —la tolerancia de León tenía un límite; las travesuras de la infancia, las indecisiones de la adolescencia, pero esto, esto no. Su brillante hijo hecho un vago improductivo, mendigando una chamba en la Universidad por tres centavos—. Yo no te pago semejante estupidez. Filosofía en la Sorbona...

Lucio vino con una solución.

—Papá, ¿y si consigo una beca?

—Ya te quiero ver, una beca de filosofía. Estás loco.

Beatriz acabó por suplicar.

—Déjalo que estudie lo que quiera, León, pero aquí. Que no se vaya.

Lina se escabullía tras las puertas para oír, y rogaba por respuestas encontradas. Dios mío, que lo dejen estudiar filosofía. Dios mío, que no se vaya... sobre todo que no se vaya.

Pero Lucio se fue. El cómo lo logró, ella no lo supo, pero fue una tragedia en la familia, y más cuando los años de carrera se estiraron como chicle y Lucio seguía estudiando, estudiando, quién sabe qué, y con qué, porque su padre dejó de enviarle dinero. Sólo Beatriz, a escondidas, le mandaba algún giro salvador cuando podía. León se entercó: si no puede hacer algo lógico, que se las arregle como pueda. Ya lo traerá el hambre. Pero Lucio era muy resistente o el hambre no era tanta, porque sus cartas se leían plácidas, y no daba señales de claudicar.

Y todo eso, la pena de Beatriz, el enojo de León, ella que lo extrañó tanto, para nada...

—Lucio, entonces, ¿qué haces?

—Trabajo. Como fotógrafo.

—¿Y la Sorbona?

—Duró un rato, pero, como decía Voltaire, la metafísica sirve para hacer a los hombres fanáticos, o para que se pasen la vida preocupándose de cosas que no pueden resolver.

La cita de tan reverenciado personaje aplaca a Lina.

—Por qué no dijiste, papá tan enojado...

—Por eso.

—¿Por qué?

—Papá tan enojado... ¿crees que hubiera sido mejor la situación si les hubiera dicho que trabajaba de aprendiz de fotógrafo?

Lina considera y decide que no. Todavía un estudiante, aunque sea de algo tan etéreo como filosofía, puede ser, y la Sorbona suena bien después de todo, tiene un dejo sofisticado, mi hijo estudia en la Sorbona. Pero mi hijo trabaja de fotógrafo, como en Chapultepec... Se estremece de pensar en las reacciones.

—No, no hubiera mejorado nada. Pero eres un malvado, un mentiroso. A mí, me podías haber dicho a mí.

—Firme compañera... ¿Y qué hubieras hecho, además de morderte las uñas para que no se te saliera?

# Los pasos de Lina

## I

Lucio, por fin Lucio, el extraviado Lucio, en un sillón de la sala de su casa, sin tomar en cuenta el tiempo transcurrido y apareciendo así, sin aviso, a conmocionar a sus padres. A Beatriz le tiembla la voz, los ojos fijos en él, tratando de recuperar a este extraño de pelo largo y ropa estafalaria. León se escuda tras los cigarros que ha tratado de disminuir, pero que ahora —como siempre que lo atropellan las emociones— encadena para evitar la culpa por el abandono de este hombre que llega a su lado sin un reproche, como si hubiera salido ayer por la puerta y simplemente regresara un poco tarde a cenar. Tocó el timbre y le preguntó a la sirvienta por la señora, de parte de su hijo. La muchacha, acostumbrada a oír hablar del mítico Lucio, lo miró asustadísima, por aquello de los rateros que se meten a las casas con cualquier pretexto, le cerró la puerta en las narices y corrió a buscar a su patrona para decirle que un barbón quería hacerse pasar por su hijo. Beatriz acudió al rescate y tardó en reconocer al barbón como fidedigno, o más bien se dio cuenta de la veracidad de la noticia cuando Lucio la levantó en vilo, la estrujó y bailoteó por el cuarto con ella a cuestas. León, a punto de irse a trabajar, vino a averiguar el origen de la gritería, y se le fue el aire al ver a Lucio, porque él sí lo reconoció instantáneamente. Nada de apretones de manos estoicos y varoniles; no lo levantó en vilo, pero el abrazo casi le rompe las costillas.

—¡Papá! ¿Dónde está Lina? —busca con la mirada por todos lados, como si su hermana fuera a salir de debajo de la alfombra.

La única respuesta que obtiene es un Lucio tartamudeado en diferentes tonos, agudo y lacrimoso el de su madre y ronco de emoción el de su padre. Se le abrazan, lo palpan, lo manosean para convencerse de que es realmente él y no una alucinación mañanera. Beatriz acaba por llorar, y Lucio disimula con su maleta y sus preguntas de Lina, ¿dónde está Lina?

—Se fue a la escuela. Lucio, ¿la mandamos buscar?

—No, no, déjala que regrese.

Desde luego la visita no se produjo, como había dicho, después de Cuba. Llegaron revistas, con grandes fotos a página completa y al pie unas letras subrayadas en rojo furibundo: Fotografía: Lucio Beltrán. Las revistas siguieron llegando, a veces recortes de periódicos europeos, testigos del paso de Lucio por toda clase de crisis y trifulcas, en ocasiones algún acontecimiento político mayor. Cada vez más el subrayado incluía, Texto: Gastón Gerard. La mancuerna se perpetuaba y a Lina se le hacía nudos el estómago por varias razones. Las raquícas cartas de Lucio no mencionaron jamás la aventura parisina, Gastón se evaporó de la faz de la tierra, y ella desde luego se limitó a seguir su camino y a inscribir a Gastón en el capítulo de pérdidas. Sus noches traicionaban los buenos propósitos, sin embargo, y tardó mucho en verse desnuda ante el espejo sin sentir su cuerpo alborotado y un vacío doloroso.

Cuando el rastro pictórico de Lucio se trasladó a Washington a cubrir la toma de posesión de Johnson, Lina buscó disimuladamente el nombre de Gastón, con las manos frías al suponerlo tan cerca de ella. Lucio Beltrán figuraba solitario, o junto al nombre de otros editorialistas, y Lina respiró con alivio. Su única inquietud fue su reacción desordenada; ya podía olvidarse de ese cínico mal pensado...

Y he aquí que Lucio brinca de Washington a México, y se presenta como un Merlín resucitado a tejer su magia

alrededor de la familia. Cuando Lina abrió la puerta de su casa y vio al extraño con su madre casi en las rodillas chilló y se le cayeron los libros.

—Tè dije que Cuba me haría famoso.

Ella se le cuelga al cuello.

—¡Lucio! Por fin, malvado, traidor Lucio. Desde París...

—Vengo por ti. Nos vamos a Egipto.

Su ¡sí!, ¿cuándo?, tan entusiasta empezó a revestirse de incógnitas y produjo el primer y único pleito serio entre ellos. Los obstáculos al viaje no vinieron originalmente de Lina; Lucio tenía la cualidad de convencerla de cualquier cosa que se le ocurriera. Pero en este caso apareció la figura del tercer hombre en su vida (si Gastón pudiera considerarse el segundo, dado lo efímero de su paso por ella) irguiéndose como dique a las revoluciones.

—Tendré que hablar con Román.

—¿Con quién?

—Román, mi novio. Más bien, se lo diremos juntos.

Viene a cenar hoy.

La expresión de Lucio no prometió idilios.

—¿Y esa novedad?

—Tè lo dije por carta.

—No la recibí.

—Como nunca se sabe dónde andas...

Él cambió el tema e interrogó después a Beatriz.

—¿Es en serio lo del novio ese?

—Gracias a Dios, Lucio. Es un hombre encantador.

Quiere casarse en julio.

—Julio... no hay problema. Que se venga conmigo hasta navidad.

—No creo que él acepte, Lucio. Está muy enamorado, están comprando todo para su casa. Y luego, pasar las fiestas así, en vísperas de boda...

—Qué ridiculez. Como si fuera de su propiedad. Ya la tendrá para él el resto de su vida —en el tono de lo dudo mucho.

—Por Dios, no empieces. Déjala, es un buen hombre, la va a hacer feliz. No la inquietes ahora que se ha vuelto responsable.

—Ya veremos.

Lucio extrae vestimentas de su bolsa de marinero, mientras Beatriz lo observa, entre tímida y emocionada, desde la puerta.

—Lucio... viene Román a cenar.

—Sí, ya sé.

—Te dejé toallas en el baño...

—Gracias, mamá. No tardo.

—¿Quieres que te planchen algo?

—No, mira, esto no se arruga —le enseña un suéter informe que efectivamente no podría contener una arruga más.

—¿Quieres una camisa de tu papá?

Él se ríe.

—Mamá, soy como tres tallas más grande.

—Es que si no traes ropa...

—Cómo, no traigo ropa. ¿Y esto qué es? —señala el montón de trapos sobre la cama.

—Digo, un traje para la cena...

—Mamá, no uso trajes. ¿Qué, tu cena es de etiqueta?

—No... pero Román...

—¿Es demasiado elegante para verme como soy?

—No, claro que no —y Beatriz se fue a murmurarle a León—: No quiere quitarse el disfraz de fotógrafo.

A Román no le hicieron gracia Egipto ni el hermanito. Conocedor de las mañas de su novia, no se opuso ni dejó entrever más que una distante amabilidad al intruso que venía a hacer planteamientos incómodos. Se pasó la cena preguntando acerca de su trabajo de fotógrafo, evitó temas políticos escabrosos como diplomático. No en vano había ingerido dosis masivas de Lucio y sus proezas durante los meses de noviazgo, y estaba consciente que oponerse a ese amor fraterno significaba avanzar en terreno minado. Lucio,

por el contrario, le contestó con monosílabos huraños, no se molestó en tomarlo en cuenta más que para pasarle la botella de vino, y se dirigió al resto de la concurrencia como si el novio de su hermana fuera un fantasma. A Lina se le erizaron los pelos de furia al ver la actitud, que tomó como insulto personal, y se lo reclamó en cuanto Román se fue.

—Te estás imaginando cosas. Me porté de lo más normal.

—Normal, mangos. Lo trataste como si fuera un mueble.

—No seas cursi. ¿Quieres que me derrita frente al tipo, cuando ni siquiera lo conozco?

—¿Y cómo vas a conocerlo, si no le diriges la palabra?

La discusión se agrió.

—Es un viejo. ¿Por qué tomas decisiones apresuradas?

—¡No es ningún viejo! Es ocho años mayor que yo. Y no es ninguna decisión apresurada.

—Te creí más original. ¿Te sientes solterona, o qué, para casarte con el primer tipo que se te aparece?

—Eres insoportable —Lina lo dejó hablando solo.

Lucio fue a desahogarse con sus padres.

—Está loca. Ese tipo no es para ella. Que se venga conmigo y lo piense.

—Hijo, déjala en paz.

—Tendrá la paz de los cementerios. Es un viejo, un burgués seudointelectual. Ella vale más que eso —se paseaba alrededor de Beatriz amenazando al ausente Román con el cigarro.

—Haces con ella lo que quieres, Lucio. Tiene derecho a escoger.

La voz ecuánime de León detuvo la perorata. Salió furioso y se pasó dos horas recorriendo calles. Lina, tan despierta, tan ansiosa por vivir, atada a ese asno pomposo. ¿Cuál es la misión de un fotógrafo desde el punto de vista social? ¿Qué opinas del presidente Johnson? Interrogándome como en examen, para quedar bien. Y a solas le dirá que no se vaya, que se quede a consentirlo, bruto egoísta. La convertirá en